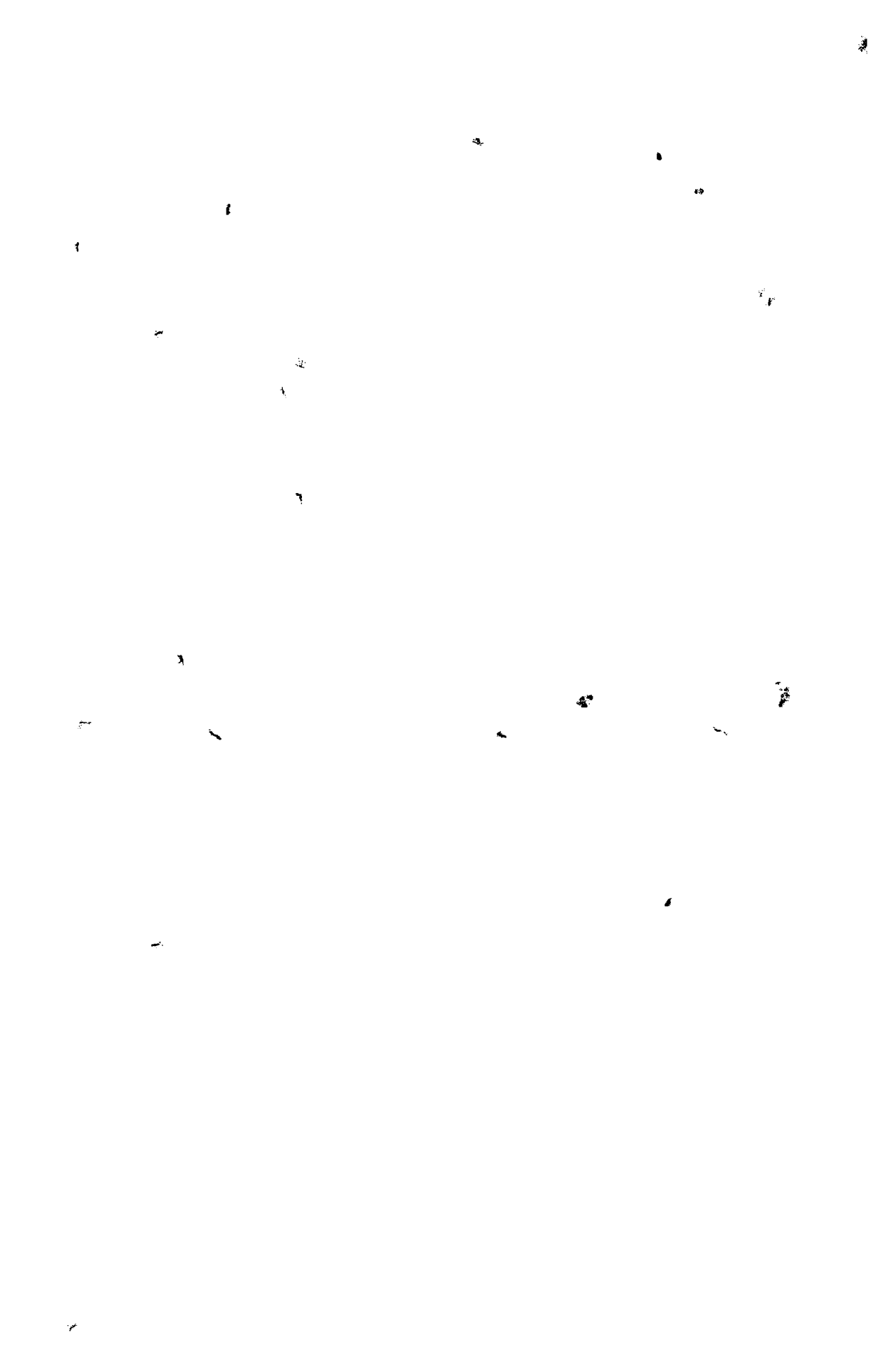


**CUADERNOS
DE MERCEDES**

**ANA V. MONDADA
WASHINGTON LOCKHART
ELENA P. ROMERO**

041

**ABRIL
1963**





CUADERNOS DE MERCEDES

Publicación Literaria Periódica

DONACION
ESTHER DE CACERES

ABRIL 1963

D 293 51



CUADERNOS
DE MERCEDÉS

Directores:

Wáshington Lockhart
Ana V. Mondada

Redactor Responsable:

Ana Victoria Mondada

Redacción y Administración:

Eusebio E. Giménez 620
MERCEDES - URUGUAY

A MANERA DE PROLOGO

Una publicación de expreso carácter cultural como ésta cuyo primer número presentamos, traduce, en oposición a cierta acostumbrada indiferencia, una intención de abolir la dolorosa distancia que nace de la falta de comunicación, primer paso a lograr en un sano afán de mayor acercamiento. No ignoramos la medida de nuestra responsabilidad; pero también presentimos que al salir de la displicencia habitual, nuestra actividad, en el mejor de los sentidos y por las vías mejores y más adecuadas, está ayudando a crear el establecimiento o la toma de conciencia de una realidad y de una comunidad culturales que, de otro modo, permanecen en total desconocimiento. Mediante esta iniciativa y en la actividad que ahora emprendemos volcamos, entonces, la esperanza de crear verdaderos lazos estables de cordial entendimiento entre todos los que a nuestra labor, en una u otra forma, se acerquen.

No nos anima otro propósito que el de querer dar a conocer valederos esfuerzos orientados en una búsqueda sincera y constante de una verdad que se nos figura esencial. Junto a nosotros, tendrá así lugar preferente —y nos apresuramos a ofrecerlo— todo aquel que en esa línea busque dar libre curso a su interior realidad. No nos interesa establecer, por tanto, si nuestra obra puede llegar a ser de importancia o de reducidos alcances; sí, en cambio, subrayar que ella apunta hacia un desenvolvimiento que abra posibilidades de importantes encuentros. Por estos motivos estas publicaciones quisieran revestirse de un carácter que atienda y llegue a todo aquel que, con la permanencia de sus inquietudes, esté afirmando una profunda voluntad de cumplirse espiritualmente.



LA DIRECCION

1870 1880 1890 1900 1910 1920

1870 1880

1890 1900

1910

1920

1930 1940

1950 1960

1970 1980

1990 2000

2010 2020

2030 2040

2050 2060

2070 2080

2090 2100

2110 2120

2130 2140

2150 2160

2170 2180

2190 2200

2210 2220

2230 2240

2250 2260

2270 2280

2290 2300

2310 2320

2330 2340

2350 2360

2370 2380

2390 2400

2410 2420

2430 2440

2450 2460

2470 2480

G O M E Z

A Gómez. no necesitaba que lo llamaran. Para negocios y amoríos, allí estaba él como pintado. Llegó a las sierras no porque le gustara esa vida de campo, sencilla y simple, sino porque vió posibilidades de mayores ganancias. Encargado de la venta de numerosas parcelas de terreno, sólo afincándose allí le sería más fácil procurarse clientela. Sin embargo, hombre de pueblo y acostumbrado a otra clase de vida, ni aún allí, en plenos cerros, podía rescatar su persona de ciertos resabios puebleros.

La cuestión es que, de un día para otro, apareció allí con rancho propio. Rosa lo veía pasar todas las mañanas montado en su alazán, recorriendo al trote largo los caminos de la sierra, como poniendo empeño en cuidar que no llegara a escapársele el tiempo. Sin embargo la mañana igual seguía allí, como detenida ante el paisaje de los cerros, toda sol y olorosa de pasto humedecido. Así la veía y la sentía Rosa desde la puerta cada vez que la abría para ir a sacar agua del pozo. Y entonces se quedaba, un ratito apenas, respirando fuerte y llenándose los ojos de tanto verde y cielo como había por todos lados, hasta que al fin entraba y vaciaba el balde en la cocina. Isabelino, el marido, no comprendía estos gustos de la mujer. ¡Pavadas! ¿Qué otra cosa, si no, iban a ser?. Pavadas de moza sensiblera.

Y no era que se burlara de ella; simplemente, no le hacía caso.

* * * *

Isabelino y Rosa llevaban poco tiempo de casados. Lugareños los dos, vecinos sus ranchos, sin embargo nadie dejó de asombrarse cuando la noticia tomó cariz de ser cosa verdadera y ya sin vueltas.

—¿Pero qué tiene de malo Isabelino? ¿Acaso no es bueno y trabajador?

—Sí, pero...

Simplemente que Isabelino no era hombre para Rosa. O Rosa mujer para Isabelino. Desde chiquilina ella siempre había impresio-

Cuadernos de Mercedes

nado por su manera de ser un poco rara, huidiza, como alejada de las cosas. La madre y las hermanas se empeñaban en las tareas caseras, lavar, planchar, cocinar. Ella no. Le gustaba a Rosa levantarse temprano, y luego de lavarse y tomar leche recién ordeñada, irse al campo, despacito, para empaparse del aire serrano, de horizontes, o simplemente de tiempo. O a pensar a veces, por ejemplo, por qué aquellos bueyes que su padre hacía tirar del arado tenían una mirada tan ancha y triste, como si estuvieran llorando por dentro.

En fin, Rosa era la desesperación de toda la familia. La madre no paraba un minuto de rezongarla, y el padre, cuando estaba en la casa, iba también en contra de ella.

—Pero vení acá, mujer. ¿Por qué no mandás a la haragana ésa?

Así que cuando se vislumbró a Isabelino como posible candidato para colocar a Rosa, no lo pensaron dos veces. Agraciada era la muchacha, y justamente por los ojos le había entrado a Isabelino. La veía pasar a diario delante del campito, y, poco a poco, le había llegado a entrar profundo como raíz que crece honda en tierra fértil. ¿Que era clía un poco rara como decían? Bah... cosas de chiquilina. Ya se le pasarían con el tiempo. Pero, hombre un tanto áspero y rudo como esas piedras de los cerros entre los que se había criado, no contaba Isabelino con que hacían falta otras cosas, además de ser bueno y trabajador, para enamorar a mujeres como Rosa.

* * * *

Y aquella mañana, como tantas otras, Rosa vió de lejos la silueta de Gómez andando el camino de las sierras, sólo que esta vez no pasó de largo. Había pasado ya la tranquera y venía hacia las casas. Isabelino hacía tiempo que acariciaba la idea de mudarse a un sitio mejorcito, no muy lejos de allí, y el día antes se había entrevistado con Gómez. Ahora éste venía a avisarle que de tarde podrían ir a hacerle una visita al otro rancho. Así quedó concertado; y Rosa, sola, de espaldas a la puerta, se quedó por un rato mirando y mirando la figura de aquel hombre que le pareció distinto —distinto de los que estaba acostumbrada a ver y tratar—, disminuirse y desaparecer contra el fondo de los cerros. Cuando se dió vuelta para entrar, aún quedaba en sus ojos el campo interminable. Y más atrás aún, un resto tibio de niñez, de niñez nunca del todo olvidada, en el que hincara ahora sus pensamientos como uñas de mujer. Era como meterse de nuevo en una ausencia familiar y amiga; sólo que ahora se le antojaba misteriosa, como si con otra voz la estuviese llamando.

Ana V. Mondada - GOMEZ

Los tres venían en silencio. Habían ido a echar un vistazo a la otra tierra y de regreso la noche les había salido al paso en el camino. La luna, recién levantada de los montes, como una mano abierta, blanca y luminosa, acariciaba palmo a palmo el cuerpo de los árboles. Cantos de grillos y el del agua del arroyito cercano despertaban el silencio nocturno.

Emparejados los caballos, los tres eran una sola mancha negra adelantando en el camino y juntándose a la noche.

Al llegar al rancho de Isabelino, desmontaron. Gómez había sido convidado a unos amargos. Pero antes había que encender fuego. Y acarrear leña de afuera. Gómez se comidió. Rosa quiso acompañarlo para indicarle bien el lugar. Mientras, Isabelino quedó haciendo los preparativos del mate.

Algo demoraron en volver. Cuando entraron, tenía ella la mirada distante y ya como sin carne de aquella asomada niñez que nunca, antes, se le fuera del todo. Gómez, en cambio, parecía resbalar en las cosas; hasta la noche se le antojaba sin ruidos, como si sólo sirviera para prenderle en la sangre la espina de algo continuamente gastado y más tarde vuelto a nacer de nuevo.

A Gómez nunca le abandonaba cierto aire de bueno. Hasta parecía sencillo a más no poder, e inofensivo. ¿Quién sabe si en el fondo no era así? Nunca se supo nada, a ciencia cierta, de su vida pasada. Quizá algún enredo sentimental, allá en el pueblo, lo había marcado para siempre. Tal lo que las gentes del lugar comentaban.

La cuestión es que aquello con Rosa no eran capítulos nada nuevos para él. Es verdad que ella, desde la tarde, le había dado a entender muchas cosas con la mirada. Y ahora mismo, al encender el fuego, y sentarse frente a frente, y darse la caldera, los ojos de ella se le brindaban y prendían como abrojos a todo su cuerpo.

Gómez ya se estaba por ir cuando ella tuvo ganas de tomar agua. El marido, en la cocina, ensimismado en su mate, no sintió lo que Rosa dijo. Era casi como un pedido para Gómez sólo. Y salieron.

Parado en la puerta, lo único que Isabelino alcanzó a ver fueron las manos de ella aprisionando las de él que sostenían el jarro mientras bebía, los ojos prendidos en los ojos.

* * * *

De tan apurado que se fue, hasta el saco dejó olvidado Gómez en la silla, como un ladrón que sin querer olvida algo y deja rastros de su delito.

Campo afuera, a solas con la noche y el camino, va silban-

Cuadernos de Mercedes

do tranquilamente, bajito, al viento. Ni un pensamiento lo recorre; no lo entibia siquiera una tristeza. Todo queda en él como detenido a flor de piel. Nada saca de adentro para dar; nada, entonces, puede entrarle.

Allá han quedado Rosa e Isabelino, solos, cada cual con su verdad a cuestas. Algo inalcanzable, como una canción lejana, indefinible, por la noche hasta en sueños persigue a Rosa. Isabelino sigue en su mundo sencillo y simple como la tierra que siembra.

Sigue Gómez, lejos, por el camino; como planta mustia, sin hojas, sin brotes, sin nada nuevo y vivo ya. La soledad, como una cicatriz, lo va marcando. La noche se siente rica de estrellas; pero él no lo sabe. Derrochado, perdido, todo va quedando atrás sin un recuerdo.

Los cascos golpean la noche, como humillándola.

U N H O M B R E

Sara, su mujer, se le moría. Y el hombre, ahora, sentía necesidad de hablarle. Sólo ahora. ¡Tanto que habían vivido juntos, tanto que habían compartido, y tan poco que había sabido decirle!, Porque Pintos era más elocuente en sus silencios que en sus palabras.

—No se vaya, caramba. No me deje. ¿No ve que viá quedar muy solo?

Es mentira lo que generalmente cree la gente —pensaba Pintos; no es en el corazón sino en la garganta donde se siente la tristeza. Porque allí sentía él la suya. Y se atragantaba con ella como un animal atorado con un bocado demasiado grande. Su dolor, también, era demasiado grande para tragárselo así, todo entero, de repente. No podía contenerlo. Y en las palabras se le estaba saliendo. Eran como un alivio.

Pintos quería no comprender que iba a quedarse solo. Desde ya se sentía débil, abandonado, vencido. Eso, sobre todo: vencido. Porque junto a ella, en aquella soledad, en aquel silencio grande y ancho del campo interminable, había descubierto Pintos su debilidad. Sólo que nunca se lo había dicho, nunca se lo había dado a entender. Cerrado y áspero por fuera, era como la fruta madura: dentro la pulpa blanda y tierna, dulzona como la dicha.

* * *

Recordaba, ahora, el primer verano juntos. Había calor en cada baldosa del patio, y calor, también, en cada rincón de sus cuerpos. Y toda ella como un monte en primavera. Sara, con sus ojos grandes, enamorados, colgados de los suyos... La sangre, entonces, se le hacía livianita. Volaba por sus venas como una mariposa roja.

—¿Qué estás haciendo?, llamaba él, de repente, cuando no la veía a su lado. ¡Y cómo le gustaba a ella ese apretado reclamo!. Dolido un poco, a veces, por sus enormes silencios, renacía, entonces, ella, feliz, como flor silvestre bajo una lluvia finita y mansa.

Noche a noche tanteaba él, despacito, el otro bulto redondo

Cuadernos de Mercedes

y tibio que se apretaba, quietito, a su lado. Por las dudas. Siempre es bueno —pensaba Pintos— manotiar pa' el costado y encontrar un corazón que late. Pero nunca sintió la mujer, dormida, aquella caricia hecha como con miedo de ser descubierta.

Ahora, ahora sí, más que nunca, hubiera querido preguntarle, no ya gritando, sino al oído: ¿qué estás haciendo?. Pero muy otra hubiera sido la respuesta...

Un día, sin querer, ciertas compras retrasaron a Sara, en el pueblo, más de lo debido. No tuvo ella más remedio que quedarse a dormir en casa de unos parientes. El esperó toda la tarde, toda la noche. Desde la mañana le parecía todo el tiempo igual. Se le juntaba, de tan liso. Su actitud, toda, era de espera. Por centésima vez fue hasta la portera cercana. La noche estaba tan clara que daba miedo. Y él iba oyéndose las pisadas...

Cuando, tarde y acostado ya, sintió pasos y ruidos como de la portera, preguntó, no una vez: ¿Sara?. Pero nadie venía, nadie respondía. Sólo el ladrido lejano de los perros o el galope de algún caballo; desde el camino, que se iba acercando y se perdía, luego, en la distancia.

Sara nunca llegó a enterarse de tanta angustia junta. A la mañana siguiente, con su vuelta, un mundo callado y tranquilo volvió a quedar aprisionado entre los dos.

* * *

En el entierro, nadie vió llorar a Pintos. Si lloraba, lloraría para adentro, profundo y callado como un secreto, igual a como antes había sido su querer.

Solo en la casa, ahora, el hombre iba y venía con impaciencia, inventándose quehaceres. No sabía qué hacer. Desde la mañana no sabía qué hacer. Parecía que todo había cobrado una dimensión distinta ante la muerte. El tiempo, ahora, tenía únicamente la dimensión de su soledad. Y ya no eran los mismos muebles, pequeños, humildes, algo viejos ya. Era como si hubieran crecido; y llenaran todo, y no hubiera espacio para más nada; como si los verdaderos habitantes de la casa fueran ellos, y él, en cambio, el intruso.

Y un silencio avasallante; como si el mundo entero hubiera enmudecido...

—Al final, todo olvidado —se decía Pintos— recordando la tierra floja y negra que habían echado sobre el cuerpo de su mujer. Había quedado allá, sola como él, abandonada, apretada por el silencio y las primeras sombras de la tarde.

D O N B L A S

No han de faltar quienes nos traten de malas hijas, de perversas. Ya se sabe como es la gente. "Lo dejaron morir solo, como a un perro. Son unas desalmadas". Eso es lo que dirán, seguramente. Pero a nosotras no nos importa mucho lo que digan. De todos modos dentro de unos días nos vamos de Mercedes y todas esas historias se habrán terminado. Pero es bueno que se sepa la verdad. Aunque no va a resultar novedad para mucha gente. De eso estamos seguras. Sobre todo para los que conocieron a papá, que Dios lo tenga en la gloria. ¿Y quién no lo conoció en Mercedes? Pero habría con todo que aclarar. Porque una cosa era verlo un rato, soportarlo un rato diría yo mejor, y otra tener que aguantarlo en casa durante todo el santo día. Ustedes saben bien todo lo que tuvimos que aguantarle. Y no digamos nada de la pobre mamá; fue siempre una verdadera mártir. Más de veinte años soportando sus enojos, sus caprichos, sus insultos. Nada de lo que hacíamos nosotras estaba bien. Desde que papá se jubiló de peluquero, aquello se convirtió en una tortura continua. Que son unas haraganas, unas arrastradas que no piensan más que en novios y en quién sabe qué cosas; y dále a descargar su bilis en mamá; toda la culpa la tenía ella, no nos había sabido educar, no nos había enseñado a respetarlo; y la pobre mamá no se animaba a contestar una palabra. Si salíamos a caminar hasta la esquina, ya lo veíamos enseguida plantado en la puerta, con la cara congestionada, como si nos hubiera sorprendido haciendo alguna barbaridad. Si algún muchacho se nos acercaba, enseguida encontraba pretexto para llamarnos; y para insultarnos con su voz de trueno, como para que todo el barrio se enterara. Y si algún día mamá nos compraba alguna cosa, ya podíamos aprontarnos a sentirlo durante todo el día: "Eso es lo único que saben, gastarse la plata en porquerías". Plata, conviene aclarar, que era de mamá, de los pesos que recibía por el arrendamiento de su chacrita. Porque lo que es con la jubilación de papá, no había mucho con qué contar.

Cuadernos de Mercedes

Todo lo hubiéramos tolerado sin embargo. Al fin de cuentas era nuestro padre; pero en los últimos años ya no era vida lo que llevábamos. A mamá se le había ocurrido hacer unos pequeños arreglos en la casa. Eramos seis, viviendo en dos piecitas, porque el galpón era como si no existiera; papá lo había atestado hasta el techo de fierros inútiles; no había remate del que no volviera con algún cortafierro viejo o vaya a saber qué; y guay del que se animara a tocarle algo. Mamá había juntado peso sobre peso para hacer esa reforma, una piecita donde pudiera dormir el Ruben y desahogarnos un poco. No hubo caso. Ni siquiera aceptó que se le diera una mano de pintura a las dos piezas, que se abriera una ventanita al fondo. “Vivimos veinte años así y no tenemos por qué cambiar. Son ideas que se le meten a ustedes en la cabeza”. Mamá siempre se había inclinado ante su terquedad; pero esa vez no pudo soportarlo más: “Si no me permitis hacer ese arreglo, vamos a tener que irnos de aquí”. “Váyanse, si tienen tantas ganas; yo aquí estoy muy bien”. “Mirá que te hablo en serio”. “Hablá como quieras”. No hubo manera de sacarlo de allí. Y para colmo su carácter se volvió peor que nunca. Todo lo que hacíamos estaba mal. Y le daba por sospechar de nosotras: “Si quieren irse, váyanse de una vez, yo no necesito de nadie”. Y enseguida una rociada de insultos. Ya no era vida, pueden creerme. Más de una vez sorprendimos a la pobre mamá secándose las lágrimas. Hasta que un día no pudimos más: “Mirá, mamá; si a él le gusta vivir en este cuchitril, que viva todo lo que quiera; nosotras no somos esclavas. Vamos a buscar alguna casita y nos vamos a vivir allí. Así aprenderá. El se cree que puede hacer cualquier cosa con nosotras, pero va a tener que darse cuenta que eso no puede ser”. Mamá no sabía qué hacer, se quedaba callada días enteros. Y papá, como si gozara con ello, cada vez más insoportable; todo el día gritando, insultándonos, mandándonos de aquí para allá. Pero no le duró mucho. Una tarde, aprovechando que había ido a cortarle el pelo a un antiguo cliente, nos fuimos con mamá a la casita que habíamos apalabrado días antes. Mamá le dejó unas líneas y se vino con nosotras. “No andés lloriqueando, boba; así va a aprender a respetarnos un poco más”. Cargamos un carro con algunos pocos muebles, alguna ropa, y esa noche ya estábamos instaladas en la nueva casa.

Durante todo ese día nos pasamos pensando en la cara que iba a poner papá cuando volviera y no nos encontrara. Esa noche lo vimos pasar por la acera de enfrente. Era tarde, habíamos trancado la puerta, pero no se animó a acercarse. Se limitó a mirar con esos ojos

Washington Lockhart - DON BLAS

duros que ponía cuando estaba a punto de estallar. Todos los días le mandábamos la vianda con el Ruben. Papá le preguntaba por nosotras, si estábamos chifladas, y juraba que nos iba a llevar a todas de una oreja. Un día, como a la semana, se apareció. Entró sin decir nada, miró todo y después le salió un "Buenas tardes" con una voz rara que nos dio un poco de miedo. Nosotras le contestamos y seguimos sentadas, sin mirarlo, como embebidas en lo que estábamos haciendo. Empezó a hablarnos en tono mesurado, como razonando: "¿Qué les dio por venirse acá? ¿Son ustedes mis hijas o no? Está bien un capricho; pero esto ya no tiene nombre. ¿O lo que quieren es gustarle toda la plata a la vieja?". Nos hablaba cada vez más fuerte, como si se sintiera de nuevo en su casa. Nosotras no nos animábamos ni a respirar. Y terminó insultándonos, diciéndonos de todo: "Se están portando como unas guachas! Eso es lo que son! Y a vos, debía darte vergüenza tener unas hijas así! Desvergonzadas! Están muy contentas con lo que han hecho! Bandidas!" etc. etc. Bueno, yo tuve que irme, y menos mal que él también se fue al poco rato, no sin antes gritarnos todo lo que se le ocurrió desde la puerta. Esa era la manera que tenía de convencernos para que volviéramos. Con todo, cuando cayó en cama, todos los días iba alguna de nosotras a ver si necesitaba algo. "No necesito nada". "Pero papá; ¿por qué no llamás al médico?". "Yo sé lo que tengo; yo sé cuidarme solo". El siempre había arreglado todo con paños de agua fría. Esta vez, sin embargo, se veía que tenía algo serio; pero no había manera de hacerlo llamar a un médico. Y como para animarnos nosotras a llamarlo, sabiendo el escándalo que armaría. Un día, en el momento en que yo había ido a verlo con mamá, perdió el conocimiento. Llamamos al médico. Ya era tarde. No abrió ya más los ojos. De noche deliraba, gritaba: "Desvergonzadas, malas hijas!". Dos días después se moría. Demasiado hicimos por él; por cierto que no se merecía tantos cuidados. Pero, ¿para qué seguir hablando de eso?. Como dice mi hermana Alcira: "Eso ya pasó a la historia. Hasta casi mejor que se haya muerto".

* * *

Yo no pensaba decir nada; al fin de cuentas esa "historia" no me concierne. Soy nada más que un testigo de ciertas circunstancias, un vecino a quien esas cosas no le van ni le vienen. Pero después del relato de su hija me parece mal seguir callado. No porque lo que ahí se dice sea mentira, por lo menos en rasgos generales; pero no es toda la verdad. Ni siquiera es la parte más importante de la verdad. Y, después de todo, se trata de la vida de un hombre, de un

Cuadernos de Mercedes

hombre a quien conocí. ¿Qué otro homenaje a su memoria que decir lo que sé, que dar una versión todo lo fiel que me sea posible acerca de su vida?

Debo empezar por aclarar que yo no fui su amigo, que mis relaciones con él no pasaron de algunas conversaciones ocasionales. Por otra parte, Don Blas no era hombre como para tener amigos. Era demasiado áspero, cualidad que parecía haber perfeccionado a través de una larga costumbre; y no concebía otra manera de relacionarse que descargar sus sentimientos sobre el prójimo. Dije “descargar” y es la palabra justa; el otro se convertía para él en una especie de receptáculo. No escuchaba ni le interesaba en absoluto lo que el otro podía pensar o sentir. De una naturaleza vigorosa, desbordante, siempre tenía algo que comunicar, que “descargar”, y no perdía tiempo en preparativos. De ahí que se hiciera conocer por todo el pueblo, hasta tal punto que cuando yo pasé a ocupar la casa lindera de la suya, la gente se daba por enterada de la ubicación de mi casa recién cuando yo decía quién sería mi vecino: “Ah! con que al lado de lo de Blas Stone”. Y todos entendían enseguida.

“Mi nombre quiere decir piedra”, me dijo en una de nuestras primeras conversaciones. “Mi abuela era india, de las Misiones, y mi abuelo inglés”. Y parecía querer resumir las cualidades de ambas razas, y me miraba fijo con aquellos ojos de gallo de riña, y su gesto adusto, el cuerpo bien derecho, pese a que andaba por los sesenta años, manojo de nervios sobre el que resonaba su vozarrón incansable. Conmigo, sin embargo, era en ocasiones hasta servicial. A veces me prestaba algunas herramientas de su abundante arsenal. Pero así tenía que devolvérselas, sin la menor huella de haber sido usada. Su casa estaba separada de la mía por una pared divisoria no muy alta, de modo que yo no tenía más remedio que escuchar todo el día su interminable vozarrón. Las destinatarias más a mano eran sus tres hijas, tres muchachas delgaduchas, inquietas como pájaros, revoloteando todo el día de la casa a la calle y de la calle a la casa, no perdiéndose ocasión de conversar con alguno de los incontables dragones que estaban al acecho. No sé si Don Blas, como le decíamos los vecinos, extremaba su severidad con ellas; pero no creo, en todo caso, que careciera de justificaciones. Algunas travesuras amorosas de sus hijas, comidilla por un tiempo del barrio, no merecían en verdad mucho mejor tratamiento. Pero lo que puede asegurarse es que ninguna de las tres hacía mayor caso de su padre, y que todos aquellos rezongos les entraban por un oído y les salían por el otro. En cuanto a la ma-

Washington Lockhart - DON BLAS

dre, no daba señales de vida; era como si no existiera, y las pocas veces que me crucé con ella, algunas noches de verano en que ella salía a la vereda a sentarse en su silla, me saludaba con su débil vocecita, me preguntaba por mi señora, y nada más; una tímida mujercita, una verdadera alma de Dios, ocupada en su hogar y en no hacer ni pensar nada: el receptáculo ideal para Don Blas. Por lo menos hasta que se produjo la crisis conocida.

Yo vine a enterarme por el raro silencio que me llegó un día entero desde la casa de mi vecino. Pensé que estarían de viaje, lo que me parecía demasiado extraño, cuando, esa noche, al pasar por su casa, me lo veo a Don Blas tomando mate, sentado en el zaguán con el termo al lado. Me saludó con un saludo calcado del de todos los días, pero, pese a su forzada imperturbabilidad, se notaba que algo raro le pasaba. La noticia corrió enseguida por el barrio. Pero Don Blas, como si nada. Sin embargo, tan obligado silencio parecía que lo iba minando por dentro; eran muchas las palabras y los rezongos que tenía que tragarse, y no estaba acostumbrado a esa clase de rumias. Hasta su aspecto físico pareció desmejorar. Ya no tomaba su mate mañanero parado en la esquina, como antes, mirando a lo largo de una y otra calle; ahora se quedaba sentado en el zaguán, y a veces la vista se le quedaba fija en un punto determinado de la acera. Cuando nos veía, nos miraba, como siempre, con sus ojos severos, pero su mirada parecía provenir ahora de más adentro, del fondo de sus órbitas hundidas. Cierta día vino a pedirme unos limones, como a veces solía hacerlo. Debo aclarar que sólo se decidía a hacer tal solicitud si yo antes le había pedido a mi vez alguna de sus herramientas; de otra manera, jamás hubiera venido a pedirme un favor al cual no se creyera con derechos. Ese día se quedó un momento charlando en la puerta. Conmigo guardaba siempre cierta reserva. Me consideraba un "intelectual" y no dejaba de propinarme alguna "envenenada" no muy discreta: "Yo soy un ignorante, nunca fui a las Universidades y no sé expresarme, pero cuando digo algo yo sé lo que digo". Y de ahí, exaltado, derivó hacia su drama familiar. Fue la única ocasión en que salió de su reserva al respecto. Después de relatarme la ida de su señora, pretendiendo vanamente restarle importancia ("se le ocurrió irse por esto, por aquello; cosas de mujeres"), prosiguió: "Ayer nomás estuve en la casa. Fui a hablarle, por los hijos, porque al fin y al cabo son hijos de uno; pero yo no sé lo que me pasa que a veces quiero decir una cosa y me sale otra. Quise empezar a hablarle, y me empiezan a salir insultos; y más quiero hablar, y más insultos digo, por cualquier

Cuadernos de Mercedes

cosa; es una cosa que yo no sé, una desgracia que tengo. Seré un bruto y todo lo que quieran, pero porque uno sea un bruto no tiene por qué ser desgraciado”.

Yo no sabía qué decirle, hubiera querido aconsejarlo de algún modo, pero cuando iba a abrir la boca, me dijo, señalando el techo de mi casa: “Esa antena está mal asegurada; el primer día que sopla un viento fuerte la voltea”. Y antes que yo pudiera decir nada, se fue, pisando recio, y se metió en su casa.

Esos días se le fue viendo cada vez menos. Supe después que estaba algo enfermo. Fui a verlo, golpeé en la puerta, y, luego de un rato, siento su voz ordenándome entrar. Encandilado por el sol de la calle, no distinguía absolutamente nada. Cuando pude hacerlo, me encontré con un desorden fabuloso, un revoltijo de sillas, ropas, objetos de las clases más variadas, de uso indefinido, todo debajo de una capa de tierra de tres dedos. La voz de Don Blas, surgiendo del rincón más oscuro de la pieza, me sacó de mi asombro; allí pude localizar sus dos ojos, cada vez más hundidos, mirándome con fijeza. Le pregunté si necesitaba algo; “No necesito nada. Yo sé cuidarme. Yo sé lo que tengo”. Ni hablarle de llamar a un médico; “Lo único que saben es mandar drogas”.

Salí de su casa con un triste presentimiento. Y ya no se le vio más fuera de su pieza. Salvo la ocasión en que un diariero intentó robarle. El canillita acostumbraba entrar y dejarle el diario sobre la cama. Una mañana le pareció que Don Blas estaba dormido y metió la mano en el bolsillo del saco que estaba colgado en el respaldo de una silla. El vozarrón de Don Blas lo hizo saltar y salir corriendo; y detrás suyo, cubriendo su magra figura con una frazada, Don Blas que lo corría hasta la esquina, gritándole “ladrón” y “mocososo bandido”. Esa fue su última salida.

Uno de esos días, habiendo llegado sus dos hijas mayores a traerle la vianda, yo me aparté un momento mientras lo servían. Sobre una especie de cómoda antigua que estaba cerca de su cama, podía verse la colección más extraña de objetos, estatuillas, floreros, cepillos casi sin cerdas, todo cubierto por una espesa capa de polvo. Es decir, no todo. Me llamó la atención, en efecto, un pequeño portarretrato reluciente por su limpieza, conteniendo la fotografía de tres niñas pequeñas, tres cabecitas rubias y sonrientes. . . La voz de Don Blas me llamó a la realidad. “Qué tiene que tocar ahí”. “Nada, Don Blas, yo estaba. . .” “Yo no voy a revolver en su casa”, y me endilgó

Wáshington Lockhart - DON BLAS

uno de sus más ásperos sermones. Al otro día, ya no vi el retrato sobre la cómoda.

Pocos días después, una mañana temprano, Don Blas fue encontrado muerto. Volví yo ese día a mi casa, pensando en aquel extraño destino que acababa de cerrarse, en aquel hombre que quería tanto a su esposa y a sus hijas, y que no había podido encontrar las palabras necesarias para decirlo, cuando siento como un latigazo en una de las paredes. Una de las riendas de alambre que sostenían la antena de la radio se había desprendido con el viento y estaba chico-teando contra la pared. La antena, librada a sus propias fuerzas, se inclinaba peligrosamente y de un momento a otro todo amenazaba venirse abajo.



EL HARAGAN

Recién llegado, el viejo ya estaba pensando en irse esa misma tarde.

—¿Esta tarde? ¿Y no habías dicho mañana?

—Sí, pero el tiempo no tiene cara 'e componerse.

—Ya veo, pero en todo el mes sólo disponés de unos días pa visitarnos, ¿y porque se le ocurre llover tenés que volverte enseguida?

—Bueno... ya las ví... sé que están bien. Y el repunte se viene.

—Pero si ya habías dicho que mañana...

No comprendía la hija que no había tiempo que perder, que podía ser peligroso embarcarse tarde.

—No quiero que me agarre la noche en medio 'el río. Con el viento en contra y fuertón como está...

Si se iba hoy, llegaba a Soriano con tiempo para comprarse un asadito y otras cosas que precisaba. Dormiría seco en las casas y temprano saldría para la isla. Tendría toda la mañana, entonces, para juntar los animales por si el río se seguía viniendo. Porque aquello ya era temporal. Lo sabía por experiencia: pasando de un día y una noche de lluvia con viento, ya era temporal.

—Y los que están allá, ¿no pueden hacer las cosas cuando vos faltás?

—¿No sabés como son? Total... los animales son del Estao... qué les importa que se ahuguen. A'más que el Negro no sabe andar a caballo y el Gringo es jodidaso pa las mojaduras.

Claro, si todos iban a cuerpiarle al mal tiempo, nadie haría nada.

—Los que más lástima me dan son los terneros chicos. Los animales grandes dan el anca al viento y marchan pa' el lao de la lluvia hasta dar con un reparo pero los chiquitos se les envarán las patas con el frío y ahí nomás se quedan. Tendría que

Cuadernos de Mercedes

arriarlos pa' el lao alto de la isla. El baño, en cuanto repunta un poco, se anega... si no se ha anegao ya.

Sí; ya estaba decidido. Y terminó:

—Ese es mi apuro pa' irme. Aunque los animales van poco pa' ese lao... ta muy sucio...

—Bueno, pero antes tenés que ir a lo de don Pedro. Parecía muy interesado en hablar con vos.

—Ya juí.

Cortante fue la respuesta. Y se quedó en silencio, con la mirada perdida en nada, como si no quisiera hablar más del tema. La hija lo miró; después:

—¿Pero qué quería?

—Pues... comprarme el Haragán.

—¿El Haragán? ¿Para quién?

—Pa' el hijo. Quiere enseñarle a andar; y como es tan manso...

—No se te habrá ocurrido...

—¡Tás loca! Ni por todo el oro del mundo.

—¿Cuánto te ofreció?

—Hasta 180.

—¿Y por qué se imaginó que lo podíamos vender?

—¿Y él qué sabe de la historia de ese animal?. Le habrá gustado, nomás. Y es mansaso el zainito. Mismo como pa' el chiquilín.

* * *

Ya en camino para el pueblo volvió a acordarse de la oferta de Don Pedro.

—¡Mire que lo viá vender!... Uno suele encariñarse con los animales como si fueran cristianos.

Y a este pobrecito el viejo lo había encontrado medio degollado por un alambre de púa. Lo había llevado a las casas atravesado en el recado. Lo desqueresó, lo curó, y su mujer le dio leche en la mamadera de los guachos. Todos creían que se iba a morir. Pasó como cuatro días echado en el galponcito; allí, al fresco, las moscas no andaban tanto. La herida se fue achicando; y un día se enderezó. Con las patas todavía enclenques, empezó a seguir a la mujer a todas partes. Si ella se iba al colmenar, tenía que espantarlo como a un cachorro para que no lo picasen las avispas. Temprano en la mañana, cuando marido y mujer se sentaban a matear al fresco, se venía él, despacito, a empujarlos con el hocico, como para saludarlos. Y una vez, hasta adentro de la cocina los había seguido... De tardecita solían ir

Elena Romero - EL HARAGAN

caminando hasta el fondeadero, con los perros troteando adelante; el Haragán, al tranco, atrás.

Después, cuando ya anduvo bien, solía darle por las corridas y bellaqueadas. Pero de a ratos nomás. Siempre fue medio haragán. Y recordó el viejo:

—Fue la patrona que le puso el nombre.

* * *

Estaban llegando a los primeros caseríos y todavía no eran las seis de la tarde. Unos kilómetros más atrás, cuando venían por la Loma, le vieron la panza al río. Estaba hinchado. Los bañados blanqueaban.

El viejo pidió que lo bajaran en la carnicería. Allí eligió un lindo pedazo de costillar y unas achuras para los perros. Después se fue al almacén. Compró galletas, fósforos y fariaña.

De vuelta llegó a "las casas", se cambió de ropa, se puso las botas, el encerado, metió los comestibles en una bolsa de lona gruesa, y tras colgar la ropa mojada en una piola que atravesaba la cocina, enfiló para el puerto. Al pasar por la Aduana un marinero le advirtió:

—Mire que está bravo, viejo. Más vale no se largue. Ya está queriendo oscurecer.

El viejo era terco. Por el camino a Soriano había cambiado de idea. Cruzaría esa misma tarde. Si esperaba al otro día, con esa lluvia y ese viento, vaya a saber dónde amanecería el río.

De espaldas al viento empezó a desatar la canoa. El encerado se le pegaba al cuerpo y las puntas sueltas le chicoteaban las piernas. Bajó los escalones carcomidos y resbalosos casi sin mirar al agua. Tiró la bolsa al fondo de la canoa y se apuró a entrar, porque una vez desatada se le había empezado a golpear contra la escalera. Acomodó los remos y los estrobos en los toletes con el agua cegándole y resbalándole por la cara. Alzó el ancla y empezó a remar de espaldas al viento.

Forcejeó con las olas hasta que alcanzó la punta de la "Isleta". Allí tuvo que dar el frente a la proa. Este movimiento, realizado con la mayor rapidez, no impidió, sin embargo, que parte del trecho ganado con tanto esfuerzo, fuera desandado en los pocos minutos que mantuvo los remos en alto. Sorteado ese pequeño codo que le había ofrecido un mínimo reparo, comprendió que lo más arduo de la lucha recién empezaba. Verdaderas islas de camalotes se venían ondulando por la superficie del río embravecido. Le estaba creyendo que ese fuera su amigo y confidente de otras veces. La noche se acercaba con la

Cuadernos de Mercedes

misma rapidez del viento y de las olas. Comprendió la inutilidad de sus esfuerzos. Una hora más y la oscuridad sería completa. Se encontraría recién a mitad de camino y preso, quizás, de algún camalotal.

Cuando subió al muelle evitó encontrarse con el marinero. Las luces del pueblo se iban prendiendo.

* * * *

A la mañana siguiente, temprano, llegó al muelle. Ahora no tuvo necesidad de bajar la escalera: el río estaba trepando los últimos centímetros de murallón del puerto. Había cesado la lluvia pero el viento arreciaba llegando a levantar olas de más de un metro.

Fue una lucha tremenda. Al atravesar la boca del "Martirania" creyó que lo abandonaban las fuerzas. Debía concentrar todas sus energías en cada remazo para avanzar sólo unos centímetros. Sentía los remos arqueándose. Pensó que si una de esas palancas se le quebraba, estaría perdido. El y su canoa serían una resaca más que el viento arrastraría atravesando, chocando y dando vueltas.

Al final, con los miembros entumecidos, ya sin sentir cansancio, ni dolor, ni frío, alcanzó la orilla del "Naranjo". Con el alivio de un débil reparo, recorrió los últimos seiscientos metros. Al enfrentar el aserradero vio flotar, como un piso ondulante, rollizos, troncos, tablas, que al alejarse de la costa se iban desunido hasta echarse a navegar con la misma rapidez de cuanto arrastraba el agua, en su avance devastador.

Dos horas después de haberse embarcado, volvió a pisar tierra. Dos horas empleadas en lo que normalmente le llevaba 40 minutos.

Una vez en el rancho empezó a extender toda su ropa empapada sobre la cama. Luego ató una piola a cada respaldo. Pasó los extremos libres por dos tijeras del techo y uniendo las puntas la fue subiendo hasta lograr que esta improvisada hamaca, con todo su cargamento, quedara izada a la altura de los soleros.

* * *

En el piquete encontró al Noble y lo ensilló. A media mañana, sin más desayuno que tres o cuatro mates amargos, enfiló para el monte.

Lo primero que encontró fueron los yeguarizos, amontonados al reparo de unos ceibos. Luego de sortear una cuadra de alambrados y de cruzar los bajos inundados, levantando cortinas de barro y agua, los encerró en un potrerito, próximo a "las casas", en el lugar más alto de la isla.

Elena Romero - EL HARAGAN

Dos o tres veces se le había arrimado el Haragán y cuando lo dejó encerrado le pareció que lo miraba con una tristeza casi humana. Ya volviéndose al monte, lo vió parado junto a la portera, como despidiéndolo.

Encontrar y reunir a los vacunos fue más difícil y la marcha se hizo muy lenta. Al acarrearlos se rezagaban los terneros. Si se volvía para buscarlos, también se volvían las madres. Además, debía empujar a cada uno por separado, porque entumecidos de frío, apenas se movían. Se metían debajo de cada árbol y allí se apretaban, resguardándose del viento.

También estaba la Overa vieja que ellos criaron guacha, como pidiéndole con los ojos que la dejara morir ahí nomás.

El viejo veía aumentar el repunte en cada zanja, en cada bajo. Para sortearlos había que dar rodeos cada vez mayores, y a esa marcha, en poco rato quedarían totalmente aislados. Por un lado venía cubriendo el bañado, por el otro, se agrandaba la cañadita.

Al fin decidió bajarse y con el Noble de tiro empezó a empujar de a pie, uno a uno, los terneros. Eran catorce en total. Cuando llegó al alambrado vió que no podría dar el rodeo y empezó a desatarle los hilos. Habían transcurrido casi seis horas y la cañadita estaba transformada en un arroyo de media cuadra de ancho. Dos veces cruzó a nado con el Noble llevando los terneros más chicos atravesados por delante, en el recado. A la tercera, vadeó con todos los demás. Esta vez no le pareció un lugar tan seguro el potrero.

—Pero qué viá'hacerle, si es el pedazo más alto'e la isla, pensó.

Desensilló al Noble, y con cariño, casi con respeto, lo palmeó.

Durante seis horas habían sido dos amigos, dos vidas unidas por un sólo afán.

* * *

No pudo entrar al rancho. La altura del agua cubría una persona, y la canoa no pasaba por los pequeños espacios libres de la puerta y la ventana.

De regreso al pueblo se trajo sus dos perros; con un triste presentimiento pensó: —hubiera querido tener una barca grande como la de Noé...

Cuando llegó a Soriano, desembarcó dos cuabras adentro del pueblo. A la mañana siguiente, la creciente había avanzado siete cuabras más.

Cuadernos de Mercedes

Un mes después, cuando ya “todo” había pasado, se volvió el viejo por sus recuerdos a la isla donde pasara casi toda su vida.

El rancho donde colgara la cama se había desplomado, aplastando cuanto tenía adentro.

Siguió recorriendo y encontrando a todos sus viejos amigos: el Noble, la Overa, algunos terneros atravesados encima del cadáver de la madre. . . Hasta que al fin encontró al Haragán, muerto, en el rancho que había servido de cocina.

Se paró como cansado de todo. Se acercó al animal. No hubiera sabido decir si se sentía mal; o si no sentía nada, ya. Algo adentro, se le había vaciado de repente.

—Pensar que Don Pedro me había ofrecido 180 pesos por él. . . De haberlo sabido, regalao se lo dejaba.

Fue la última vez que el viejo vió la isla.

LA NORMANDA

Cuando se le pasó el vahído estiró los brazos, acercó la silla con la ropa y empezó a vestirse. Desfallecida, sin fuerzas, las manos y las piernas temblorosas, la cabeza dándole vueltas y en el pecho, el corazón dolorido, como si lo hubieran lastimado.

Cuando se agachó tanteando los zapatos, un nuevo estremecimiento le sacudió el vientre. Le pareció que un peso le arrastraba la cabeza al suelo. Se sostuvo la frente con la otra mano, terminó de calzarse y se enderezó. Agarrándose de los barrotes de la cama, caminó hasta la puerta, pero como todas esas mañanas al levantarse, sintió que algo caliente y amargo le subía del estómago y le llenaba la boca. Apretó fuerte las mandíbulas y, los dedos cerrados contra los labios, dió un tirón de la puerta y se asomó al patio. Allí nomás, en el umbral, recostada contra la pared, vomitó.

No hubiera podido dar un sólo paso más.

Luego, cuando lo peor fue pasando, trajo la escoba, amontonó arena y barrió.

Así empezó otro día más. Otro, otro más. ¿Cuántos llevaba parecidos?. Madrugar para trabajar, y trabajar, y trabajar. Trabajar todo el día hasta ver llegar, otra vez, la noche. Y siempre con esas náuseas, siempre con ese dolor de carne machucada que le dejaban los vómitos en el vientre. Con el dolor de cien martillos golpeándole la cabeza. Se sentía débil, pero tampoco podía, casi, comer. Las veces que el malestar le daba alguna tregua, la angustia le ataba un nudo en la garganta. Cada día resultaba más difícil reunir fuerzas. ¡Cómo deseaba, entonces, tenderse en la cama! Dejarse caer y dormir, dormir y descansar... descansar...

Pero estaba él. Siempre él. Ese extraño que por las noches le quitaba espacio en la cama y durante el día la insultaba.

Cuando podía pensar y recordar, le parecía todo una mentira, un mal sueño. El, su marido, el hombre tierno y bueno de antes, convertido en eso: en un hombre insoportable, que había llegado, incluso, a

Cuadernos de Mercedes

disminuirla y odiarla. Que en pocos meses de unión le había desmadejado los sueños, las ganas de vivir, de seguir luchando.

Ella vino para trabajarle. Queriéndolo. Y él la trajo para que le trabajara, si, pero esforzándose por no quererla.

Hasta que ocurrió aquello de la Normanda. Con eso empezaron las primeras discusiones, las primeras groserías de Antonio. Además de esto otro. Creía que él, enseguida, se daría cuenta de lo que era. Pero no. Desde que se sintiera enferma, notaba, al contrario, que su rechazo se iba acentuando. Estaba segura que cada día la encontraba más inservible como bestia de carga y como hembra. Hasta en sueños lo sentía hostil. Empujándola con los codos y las rodillas la obligaba a permanecer entumecida en el extremo de la cama.

La pobre mujer no encontraba fuerzas ni para defenderse.

El no veía su semblante ojeroso y amarillo, su cuerpo doblado. Hablarle del hijo hubiera sido peor. Nunca olvidaría el insulto aquél que recibiera. Antes, claro, de lo de la Normanda, y al comienzo de su distanciamiento. Ella, aún era fuerte y guapa. Mimosa, una noche, le insinuó sus esperanzas de un hijo. Por toda respuesta, una risita y una frase que siempre había querido olvidar...

Desde esa noche algo le atravesó cuerpo y alma y le cerró, para siempre la boca.

Dolorida, se fue rodeando de silencio.

Nada tenía ya que decirle a ese hombre que se le convirtiera, de pronto, en un desconocido. Hasta de las cosas más simples, las de todos los días, evitaba hablarle. No había llegado a odiarlo pero tampoco quería mentirle. Entresacar de sus pensamientos aquellos que no los volviera más enemigos, le parecía un engaño. Eran un hombre y una mujer que no podían ya decirse la verdad acerca de nada.

Una mañana que había amanecido con un sol tan tibio como el de tantas otras, al querer ordeñar la Normanda, la mejor lechera con cría chica que tenían en la chacra, le encontró la ubre seca, sin una gota de leche. Sin embargo, los terneros segían encerrados y hambrientos. Pensó en las visitas nocturnas de los caminantes. Pero tenían a Celoso y Guardián, a quienes no habían oído ladrar una sola vez en toda la noche.

La leche que se llevaba al pueblo para la venta de cada mañana, no alcanzó ese día. Ni al siguiente...

Sin ninguna explicación posible, el hecho se siguió repitiendo. Al atardecer, cuando encerraba los terneros, la Normanda tenía la ubre reventando; y a la mañana siguiente, ni una gota.

Elena Romero - LA NORMANDA

El mal humor, la incomprensión por parte de Antonio, se acentuó. Los insultos crecieron. Se hicieron amenazas. Ya nada quedaba de aquél cariño que antes los uniera.

Esa tarde, asustada y sin saber qué hacer, Carmela corrió al tambor, separó la Normanda y la ató en un piquete apartado. Actuaba sin pensar, desatinadamente, pero algo tenía que hacer; algo, aunque no supiera, qué.

A la mañana siguiente cuando volvió con uno de los baldes a medio llenar, ya sabía lo que le esperaba. Según él, todas eran invenciones suyas para sacarle el cuerpo al trabajo. Y no era para eso que la había traído. Lo escuchó vociferar sin despegar los labios. No hubiera sabido explicar nada. Cuando sintió la lonja del rebenque adherirse una y otra vez a su piel, no le pareció muy profundo el dolor. Otros eran peores. Como aquel que había ido matando, una a una, sus ilusiones.

Cubriéndose el vientre se dejaba pegar, sin lamentos, sin llantos.

El seguía destratándola.

Ella no lo oía.

Tiró el látigo cuando la vio desplomarse.

Horas después, Carmela estaba sentada al borde de la cama.

Milagrosamente, no sentía ningún dolor. No había alcanzado a sentir todavía ningún latido, ningún movimiento, pero vivía para ese mundo inefable que le brotaba adentro y le abrasaba el cuerpo y los sentidos. Como si toda ella se fuera transformando en algo maravilloso. No era felicidad, no era amor. Era como sentirse invadida de una vida extraña y nueva.

Fué solo un instante. Luego esa sensación se fue esfumando. Pero una sonrisa le quedaba asomada a los labios y una expresión distinta en la mirada. No recordaba insultos ni golpes.

Antonio la había dejado encerrada por fuera y se había llevado la llave al pueblo, de dónde volvería borracho y ablandado. El alcohol lo volvía melancólico y taciturno. A veces le parecía que deseaba pedirle perdón, llorar arrepentido.

Se durmió pensando que por fin la cama era grande. Increíblemente grande.

El sueño era dulcemente profundo y el despertar lento, como despidiéndose de algo que se quiere mucho.

Cuadernos de Mercedes

Pero el ruido se hacía cada vez más notorio y terminó por abrir pesadamente los ojos. Instintivamente imaginó que venía de la puerta, pero al momento, y ya completamente consciente, oyó con toda claridad un suave roce en el techo, encima de su cabeza. Tuvo miedo. Extendió la mano y los dedos, temblando, tocaron la mesa de luz, los fósforos. El ruido cesó. Aunque el temor la paralizaba, reunió fuerzas. Se sentó en la cama y encendió un fósforo. Primero la encendió esa llamita suspendida ante sus ojos, en la oscuridad del cuarto. Levantó la otra mano, la hizo pantalla y alzó la vista.

De uno a otro confín del campo infinito se oyó a los montes repetir el eco de un grito de mujer. El grito de una mujer enloquecida.

Carmela había saltado hacia la puerta y empezado a dar golpes en ella, con todas sus fuerzas, al tiempo que tironeaba, sin resultado, del pestillo. La enorme culebra que descendía, lenta, por el tirante del techo que enfrentaba directamente a la cabecera de la cama, asustada por el grito, se desplomó al suelo, y con una rapidez asombrosa se deslizó por un hueco de la pared hacia el silencio de la noche.

Era la madrugada cuando los vapores del alcohol empezaron a hablar, con la voz de los remordimientos, a un Antonio estropeado.

Pagó la última caña y salió. Media hora de galope lo disipó bastante, aunque no lo suficiente, como para acallarla del todo. Trataba de justificarse diciéndose que la mujer era culpable. Se le estaba portando como la otra. Haraganeando, mintiendo. También aquella, a la que se había entregado y a la que creyera entregada a él para siempre. La de sus veinte años, a quien amara con toda la frescura de sus primeros sentimientos de hombre. A la que sintiera como hecha para él. La mujer de sus mejores horas, en fin, la que le enseñara a reír por nada... La que lo había hecho crecer, sentirse capaz de vencer el mundo, que le ayudara a soñar un hogar lleno de hijos, hijos de un amor inextinguible, jurado mil veces.

Y también ella había empezado así, desganada un día, indiferente otro, como cansada de tanto amor. Había empezado así y había terminado con una esquelita dejada cuidadosamente en el lugar más visible del cuarto: "...y decidí seguirlo porque sé que espero un hijo de él...".

Carmela había sido su primer día claro después de este fracaso. Volcó en ella todo lo que en la otra había quedado a mitad de camino. Había querido creer de nuevo. Pero también ésta había empezado a portarse igual.

Elena Romero - LA NORMANDA

...Y casi sin sentirlo, se había apartado de ella. Como si se dijera que no valía la pena volver a querer.

Llegó a la casa y mientras desmontaba, un extraño presentimiento lo fue invadiendo. Más que presentimiento, una como impalpable presencia parecía acompañarlo, ordenarle, empujarlo. Como si un enemigo invisible quisiera arrastrarlo hacia algo de lo que no debía escapar.

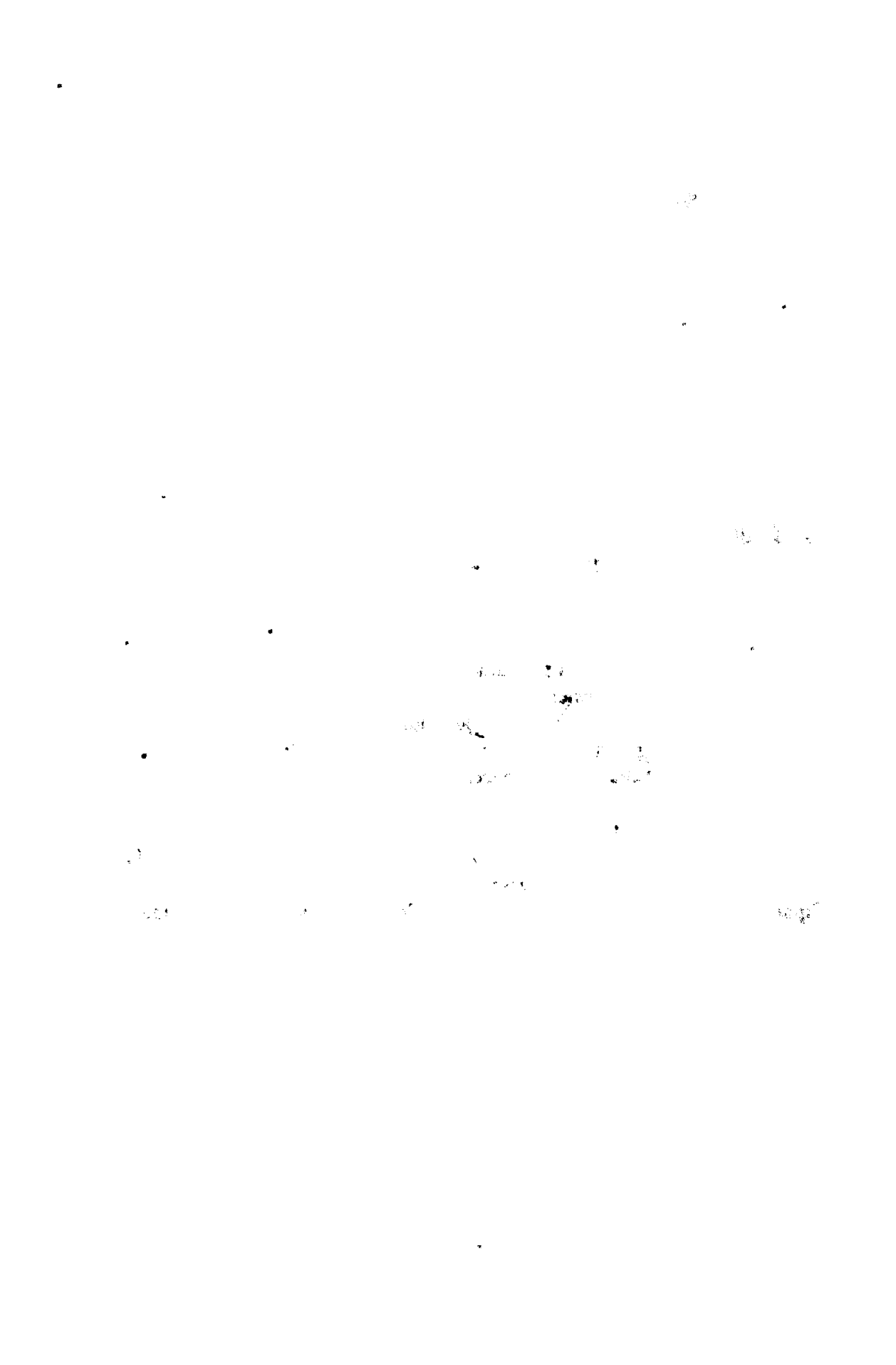
Se fue dejando despojar de su voluntad y llevarse lentamente.

No sentía adónde iba. Cuando pudo darse cuenta, ya estaba cerca del tambo, entre los animales. Escuchó un particularísimo chasquido. Sus oídos de tambero lo reconocerían entre mil. Venía de la Normanda, pero allí no había ningún ternero mamando. Resbaló la mirada, estupefacto, por el animal que tenía adelante y el cuadro se lo dijo todo. Maneándole fuertemente las patas, una enorme culebra enroscada estaba prendida a la ubre, vaciando, una a una, las cuatro tetas.

Al fin encontraba la llave. Con pulso inseguro empezó a darla vueltas en la cerradura. Algo, también, daba vueltas sin cesar en su cabeza: —entonces Carmela nada tenía que ver con la Normanda... entonces Carmela no tenía culpa de nada...—

Al ceder la puerta dió un empellón hacia adentro y bajó la vista. A la primera claridad del amanecer alcanzó a ver a sus pies un charco de sangre.

Un cuerpo había luchado, en un último intento, por trasponer esa puerta. En las tablas se veían las marcas de dos manos ensangrentadas. Antonio se arrojó sobre él. Desgarró de un tirón las ropas. A sus ojos apareció el vientre de su mujer convertido en una vertiente humana.



NOTAS SOBRE LOS SERES Y LAS COSAS

LA BELLEZA QUE NACE DE LA VIDA

Aferrada a un viejo tronco como una torpe garra, asida estrechamente a él con las lívidas viborillas de sus raíces, esta planta parásita, montón informe de hojas apretadas, extrae con innoble avidez el sustento que necesita para su existencia. Lucha no menos feroz por quieta y por callada.

Pero un día, de esa masa confusa y afanosa vemos surgir y extenderse, en flexible curva, un frágil, delicadísimo tallo, un fino y largo vástago de un verde apenas insinuado; y en su extremo, como un breve milagro, abrirse un minúsculo ramillete de florecitas amarillas, de pequeñísimas orquídeas, veteadas caprichosamente de violeta en los repliegues de sus pétalos.

Pensamos, al verlo, cómo pudo producirse tal milagro. Cómo de aquel tenebroso, denso afán de vivir, de aquella casi soez proximidad, se ha desprendido, casi hasta volar, esta sutil seda coloreada que el viento agita, manjar de mariposas que, desde lejos, se acercan, presurosas y fluctuantes, hasta ella. Cómo de aquellos jugos vitales hurtados en rabioso contacto, sustraídos de un viejo tronco que apenas si puede ya vivir su propia vida, ha podido desplegarse tan aérea y lujosa generosidad. Qué cerca la materia y su faena tenaz y nocturna, del puro don espiritual y de su diurno esplendor. Cómo materia y luz, apetito y amor, egoísmo y desprendimiento, se ligan y trasfunden en una misma aventura; y cómo se transfiguran, colaborando en una revelación armoniosa de las más delicadas potencias de la vida.

EL HOMBRE VIAJA

Los hombres parecen acostumbrados a su inconsistencia, a su naturaleza de gelatina. Se acomodan así como almejas a lo largo

Cuadernos de Mercedes

de las líneas telefónicas, de las tuberías subterráneas del agua y de los rezumideros, alrededor de los Bancos y de la publicidad; viven servilmente alineados, acalambrados por las convenciones, o reaccionando impuramente, intercambiando continuamente señales para asegurarse que todos siguen colaborando en la misma nada. Apenas si sienten en el traje, o en la insignia, o en la tarjeta de socio, o en el saludo del jefe, algo así como un peso que les hace creer que son algo importante, consistente. No tienen preguntas que contestarse y por eso redondean estadios, pulen carrocerías, destrozan sábados y domingos y dejan detrás de sí una estela de babosa entre sus primaveras desperdiciadas. No tienen otra conciencia que la que nace sin querer del juego de sus palabras desbocadas. Las palabras piensan por ellos, los clasifican, los separan, los reagrupan, los apasionan, los convierten en pianolas; frases enteras se les atragantan y todos caminan apalabrados detrás de no importa qué, en medio de temibles extraños, entre ojos de pescado y pase-usted-primero, en un mundo donde conviene cultivar la costumbre de que no pase nada.

No debe extrañar entonces que se crea en la aventura de un viaje en barco o en avión, o en negocios, o amoríos, o en cohetes a la luna; se cree así andar, cambiar de cielo y tierra, y no se advierte que se está inmóvil, entre un cielo y una tierra incambiados, un poco más grises, o menos, qué importa; se creen animados de un gran movimiento, pero el barco o el cohete, vayan adonde vayan, no los llevan a ningún lado, y el avión y el barco están inmóviles entre paisajes que se deslizan sin objeto por debajo o por encima.

Cuando esos aficionados a viajar están encerrados en su casa, o acostados, creen, en cambio, estar inmóviles, amarrados. Pero es entonces solamente cuando en realidad navegan y se deslizan como troncos de árboles que flotan, la cabeza adelante, o los pies adelante, todos juntos, sin parar un momento, dormidos en su propio sueño. Viven fuera de la vida, como polizontes, y de ese modo caen en la muerte como en una trampa.

LA AVENTURA DEL ARBOL

Cada vez que miramos un árbol, nos asombra su certidumbre, el modo empecinado con que ratifica su esencia propia. Le vemos conceder a la brisa que pasa la movilidad de sus hojas, a la luz del día ese versátil espejo en que parece finalmente dispersarse. Las ramas ceden y vuelven a ceder, balanceándose blandamente, sometiéndose sin

Washington Lockhart - NOTAS

resistencia a todas las imposiciones exteriores. Simula, por momentos, desaparecer en un aire de azar y volubilidad, de reflejos fugaces y de movimientos que no nacen de él. Parece desdeñar así toda aventura, toda empresa perdurable, complacerse en una mortal pasividad. Pero pronto advertimos nuestro engaño. Porque detrás de esa aparente entrega, en efecto, descubrimos, así en la firmeza de su tronco como en su poderoso arraigamiento, el inquebrantable rigor con que se ratifica. Nada de lo que le ocurre desmiente la peculiar persistencia de su forma, su inquebrantable designio de durar. Con una resolución que habrá de concretarse, llegado el día, y ya cuando hasta sus últimas flores hayan dejado caer sus últimos pétalos, en la evidente, rotunda gravedad del fruto.

EL SER EN EL TIEMPO

Quién no ha sentido al tiempo rozarlo como un aire que tiembla en nuestra piel, en nuestras vísceras y en nuestros pensamientos, viento de suave andar y delicada persistencia, al que más molestan que ayudan los sucesos que en general lo patentizan. Viento oscuro y silencioso que sentimos cuando estamos sumergidos en la inmovilidad, cuando todo se acalla fuera y dentro de nosotros, cuando la vida se convierte en un sereno despliegue de si misma, sin expectativas ni nostalgias que la exoneren del ahora, absorta en su propio fluir sin accidentes.

El tiempo, entonces, deja oír su cauto y esencial murmullo, se convierte en una tenue vibración, en un abejeo rumoroso, como si la sustancia misma de la vida, despojada de las máscaras sucesivas de la contingencia, nos descubriera al fin la desnuda certeza de su más íntima pasión.

Quizás no sea, sin embargo, esa levísima conciencia, sino la manifestación de solicitudes apenas perceptibles, así como el rayo luminoso, invisible en si, se vuelve manifiesto en los átomos de polvo que lo habitan. Quizá no sea ése todavía el tiempo, sino su roce contra minúsculas resistencias con las que debe la vida preocuparse todavía, materia inasimilable que llega a darle un pretexto a nuestra conciencia sin objeto. Pero tal vez no sea posible aventurarse más allá, tal vez sea en esa corriente que apenas si rizan tan inconcretables ocasiones, donde debemos finalmente detenernos, último umbral en las cercanías del misterio, límite donde el Ser, en si mismo imperturbable, accede a conmovirse ante la variable incidencia del fenómeno. El Ser y

la Existencia, en efecto, componen allí su diálogo inverificable. Palpamos allí el reinado incuestionable del silencio. Y todo sufre desde entonces una radical renovación. Porque ese silencio, de ahí en adelante, se convierte en el trasfondo constante de nuestra vida, Nunca, ya, en efecto, podremos olvidarlo. Y frente al mundo, sentimos desde entonces una hondísima clemencia para el ruido y el furor que, lejos de aquella paz fundamental, perturban nuestras horas y nos inician en el desfallecimiento de la muerte.



“GOMEZ” y “UN HOMBRE” fueron trabajos presentados al Concurso de Narrativa organizado por el diario “El País” en 1962. El primero obtuvo mención especial y de “UN HOMBRE” se recomendaba su publicación.

“DON BLAS” obtuvo el Primer Premio en el Concurso Literario organizado por la Comisión Municipal de Cultura en 1961, con motivo de las Bodas de Plata de la Biblioteca Municipal “Eusebio E. Giménez”.

“EL HARAGAN” obtuvo el Segundo Premio en el Concurso Literario Municipal anteriormente citado.



INDICE

	Pág.
A manera de prólogo	5

C U E N T O S

Ana V. Mondada	GOMEZ	7
	UN HOMBRE	11
Wáshington Lockhart	DON BLAS	13
Elena Romero	EL HARAGAN	21
	LA NORMANDA	27

N O T A S

Wáshington Lockhart	33
Breve noticia de los trabajos publicados	37



